

Las veladoras

Gilberto Jesús García García*

El domingo, después de la misa de diez, Doña Lupe me dijo que me encomendara a San Pantaleón, que le prendiera una veladora en la iglesia, le rezara un padre nuestro y me persignara dos veces frente a él. Dijo que hiciera eso todos los días durante una semana y que mi Julito se iba a componer del mal ese que lo aqueja.

Desde hace un año que lo tenía en cama, fíjese. Un añito entero y nomás nada que se me había compuesto. Antes si me hablaba una que otra cosa, al menos me decía que le trajera de comer, que le acercara un taco o un bocado, una tortilla con sal siquiera. ¿Cómo no le iba a hacer caso?, si lo quiero reteharto. Le recé a Diosito todas las mañanas. Le dije a mi Julito: Julio, rézale a Diosito para que te devuelva esas ganas de levantarte. No hay mal que pueda contigo. Si en el cerro siempre has andado fuerte, ¿cómo qué ora nomás en la cama te va tener?

Me dejó de hablar hacía medio año, ya nomás miraba la pared de la izquierda, hacía unos gemidos extraños cuando miraba una cucaracha y ahí iba a matarla para que se estuviera tranquilo. Le doy su comida todos los días, con lo que pueda, vedá, porque pues está canija la cosa.

Cuando salí de misa aquel domingo, rápido me fui a la casa para contarle a Julio lo que Doña Lupe me dijo. Yo sabía que mi Julito todavía se daba esperanzas, aunque su mirada fuera seria y ya sólo mirara a un lado, podía ver en sus ojos la esperanza. Ansina que le conté lo que Doña Lupe me recomendó y le pedí que en silencio le rezará a San Pantaleón todos los días, para que nos hiciera el milagro de levantarlo. Qué más quisiera yo que Julio volviera a caminar y se fuera al cerro a bajar los nopales, porque a eso nos dedicamos, fíjese, a vender los nopales. Tenemos un huertito allá arriba y unas nopaleras ansina

* **Estudiante de Licenciatura en Letras Españolas en la División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guanajuato.**

El martes en la mañana lo encontré mirando al otro lado. Estaba funcionando. Por fin un Santo nos iba hacer el milagro y corrí con Doña Lupe a contarle.

de grandes. Ora que Julio ya no pudo tuve que contratar a un chiquillo del pueblo para que me los bajara y yo los pudiera vender, que ya no puedo subir hasta arriba sin que las rodillas se me hinchen. Cuando le conté a Julio de la nueva solución dijo sí con la cabeza, cosa que me dio gusto porque ya ni eso hacía.

Ese mismo día fui y le compré dos veladoras a San Pantaleón, las dejé en el altar de la iglesia, me persigné dos veces y le recé el padre nuestro. El lunes en la mañana se me ocurrió la idea de comprarme una imagen del Santo y tenerla ahí en la casa en el cuarto de Julio y pasarle las veladoras para acá. Ansina teniéndolo cerca se iba a sanar más rápido. Cuando le conté a Julio mi plan, asintió dos veces y parpadeó una vez, cosa que nunca hacía. Eran sus esperanzas, verdad de Dios, y rápido fui y le compré otras dos veladoras. Me hiqué frente a la imagen, les prendí la mecha y me persigné dos veces. Ándale, Julio, rézale, que te oiga, le dije.

El martes en la mañana lo encontré mirando al otro lado. Estaba funcionando. Por fin un Santo nos iba hacer el milagro y corrí con Doña Lupe a contarle. Me dijo que le comprara más veladoras, que una vez un padrecito le dijo que entre más luz tuvieran los Santos mejor iban a ver de lo que penábamos. Ansina que le traje cuatro veladoras más. Tuve que ponerle una mesita más grande para que cupieran todas juntas. Yo pensé que teniéndolas más cerca de mi Julito harían más afecto y funcionó. Puse la mesita a un lado suyo, del lado contrario al que miraba y comenzó a decir mi nombre entre sueños, cosa que nunca hacía. Me alegré tanto que las lágrimas se me salían. Tan agradecida al Santo me sentía que el miércoles fui a comprarle cuatro veladoras y me pasé toda la tarde rezando un rosario para él. Julito, le dije, Julito, ya se nos hizo, Julito, ándale, un padre nuestro y un Ave María más y mañana nos echamos otra rosario.

Cuando llegué el jueves en la mañana a la casa, después de ir a comprar más veladoras y unos retazos de carne, Julio estaba mirando el pequeño altar que ahora le teníamos a Pantaleón. Había puesto unas cajas de madera para que hubiera espacio para las veladoras. Julio había vuelto la cabeza y no quitaba el ojo del Santo. La luz de las veladoras hacía que las sombras de los vasos se vieran en su cara: su rostro era amarillo, era igualito al del Santo. Me miró por un momento y sonrió, cosa que ya

no hacía. Dejé las veladoras en el suelo, las encendí y las puse lo mejor que pude sobre las cajas. Tenía que comprar más si quería seguir trayendo otras veladoras, y tenía que, porque ya hasta me sonreía el canijo.

El viernes le llevé a Doña Lupe para que le rezara un rosario conmigo, ella es buena en esas cosas. Cuando se murió Don José, el vecino, Doña Lupe se encargó de rezarle y mire qué bien bonito le salen las letanías. Cuando entró al cuarto le encantó como le tenía arreglado al Santo. Con su altar, sus veladoras, (esa mañana le compré unas diez) le llené de flores y una vaso de agua, se han de cansar de tanto trabajo que les damos y no hace mal un vasito para quitar la sed. Duramos toda la mañana. Cuando se fue, Julio se movía un lado a otro. Pensé que quería levantarse, me emocioné, no le voy a mentir, pero no movía sus piernas, sólo movía su pecho tan fuerte que casi se cae de la cama y da a parar al altar. Tuve que acomodarlo y decirle que esperara un poco más, que ya casi se cumplía la semana, ya casi se nos cumple el milagro, le dije. Tengo que confesarle que por un momento pensé que iba a tirar todo el altar que le puse, hasta me enojé con él de sólo pensar que iba a destruir lo que le levanté.

El sábado le puse una almohadita que me dio Doña Lupe. A la imagen del Santo, no a Julio, no me vaya a entender mal. Le prendí unas veladoras más y me fui a cogerle unas flores. Rézale, Julio, le dije antes de salir, rézale, ya mañana es el día.

Total que aquí estoy, fíjese, contándole el milagro después de misa. Ahorita va llegar mi Julito. Encomiéndese a San Pantaleón, encomiéndese. No le fallará. ¿No se le hace raro? Nadie se ha salido, ni el padre ahí arriba. Qué bonito tocan el órgano.

Miré, aquí viene Julio, nomás que un poco chamuscado.